

Sentimientos

Por Paula, madre de Álvaro (6 años) y Mario (16 meses)

No puedo creer que el amor infinito e incondicional de una madre no sea capaz de superar cualquier dificultad. Cuando nació Mario, no llegó solo, venía con síndrome de Down. Creí morir de dolor.

En mi cabeza se agolpaban aquellos dolorosos momentos y el feliz nacimiento de su hermano Álvaro, tan distinto. Tan distinto y tan igual, porque tenía tanto amor para darle. Un amor acumulado durante nueve maravillosos meses llenos de ilusión, que no podía desaparecer de la noche a la mañana, yo al menos no puedo dejar de querer a alguien de un día para otro. Pienso que tener un hijo con síndrome



de Down es una circunstancia en la vida y que fui elegida para ser su madre. Dicen que de cada 700 nacimientos, uno será un bebé con síndrome de Down. Podría haber nacido en una familia que lo hubiera rechazado o podrían haber interrumpido su vida, pero no, vino a mí, y no puedo decir otra cosa que GRACIAS. Así, en grande, porque todo lo que siento por mi hijo es así de grande, enorme.

Creo que tengo una bonita familia y soy feliz. Hay gente que se sorprende y a mí me sorprende que se sorprendan. Si en una familia hay amor, hay felicidad y en mi familia hay mucho, mucho amor.

De puño y letra

Por Marisa Aguirre, Buenos Aires

Delfina finalizó 7º en una escuela municipal de la Ciudad de Buenos Aires, ubicada en nuestro barrio, Saavedra. Allí llegó a los 4 años con su delantal a cuadros y nosotros con una gran expectativa dispuestos a acompañarla. Son muchas las variables que entran en juego en la integración y en el caso de nuestra hija pocas de ellas armonizaban. La escuela era enorme, había muchos alumnos, no tenían experiencia previa y la voluntad de integración era escasa.

Si bien la institución nunca se



manifestó favorable a la integración, había otros aspectos que resultaron ser muy importantes: para Delfina siempre fue su colegio, su referencia. Aprendió a conocer cada rincón de la escuela y fue ganándose su lugar día tras día a lo largo de diez años. En el aula la acompañaron las maestras integradoras, que provenían de la educación especial. A veces “la maestra de Delfina” podía hacerse un lugar para ayudar a otros alumnos que también necesitaban otros tiempos para aprender.

Algunas de ellas intentaban dar

respuestas al desconocimiento, apatía e incomodidad de la maestra de clase. En dos oportunidades peligró la continuidad de Delfina en la escuela. En ambos casos los funcionarios de turno repetían frases que escuchamos habitualmente: “esto no es España”, “estos niños en el mejor de los casos se socializan pero no aprenden”, “las integradoras son bastones”, “los docentes no están preparados”, “los compañeros la van a discriminar” entre otras frases apocalípticas. Estas excusas sin fundamento nos dieron aún más fuerza para reclamar la continuidad escolar de nuestra hija, e iba generando al mismo tiempo la incertidumbre en el inicio de cada ciclo lectivo.

Para sus compañeros fue una valiosa experiencia: la ayudaban a copiar cuando “la maestra estaba apurada”, jugaban en los recreos y también, por qué no decirlo, la sobreprotegieron en más de una oportunidad. Junto a este grupo de compañeros estaban sus padres que nos brindaron su apoyo incondicional, aun en los momentos más difíciles.

Cada año comenzaba un nuevo desafío: los contenidos se iban complejizando, tenía nuevas materias y más evaluaciones. Muchas veces Delfina se sintió agotada por tantas pruebas y trabajos para hacer.

Y con el tiempo, las necesidades e intereses de Delfina fueron cambiando. Llegaron los domingos con su grupo de amigos “los chicos como yo”, los campamentos, los bailes en ASDRA y las llamadas por celular. Estos espacios formaron parte de su vida y junto a la escuela colaboraron para su crecimiento y desarrollo.

La escuela, como dice un editorial de Dr. Jesús Flórez, es la gran oportunidad para transmitir valores humanos de aceptación de lo diferente. Así fue cómo, en el contexto del aula, surgieron muchas preguntas sobre las dificultades de Delfina y de cada uno de sus compañeros, sobre la discriminación y el respeto mutuo.

Desde el inicio de 7°, el clima de cambio de escuela estuvo acompañado por cartas que preludivan la despedida.

Una compañera le escribió: “todos estos años compartidos fueron una gran experiencia para nuestras vidas. Conservá toda tu vida esa alegría que tenés para los demás”. Los alumnos de 7° acostumbran escribirse y dibujar su delantal blanco durante las últimas semanas de clase. Cada mediodía llegaba Delfina con una nueva dedicatoria:

-Para una amiga re copa.

-Delfi sos la persona más dulce del mundo.

-Para una super amiga, nunca cambies. Te re super kiero y suerte en la nueva escuela.

-Delfi: sos una IDOLA te deseo todo lo mejor, te lo merecés por tu esfuerzo de todos los días.

-Sos re buena y super amiga.

-Para una amigazo con un corazón enorme, que hace florecer los desiertos.

Y de puño y letra Delfina escribió:

“Termino la escuela primaria. Fueron años difíciles de mucho esfuerzo en todas las materias. Me sentí feliz con los compañeros y con las maestras. Siempre me acordaré de todos. Me despido feliz”.

Recibió su diploma y medalla de egresada en un acto lleno de emociones, sintiendo el reconocimiento por el esfuerzo diario, la perseverancia y el no darse por vencida. La experiencia fue sumamente positiva y el transcurso de Delfina por la escuela común no fue en vano.

Finaliza una etapa plena de experiencias, aprendizajes y sueños cumplidos. Seguramente quedará mucho por mejorar y seguir aprendiendo. El trabajo fue difícil para nosotros también, con dudas y cuestionamientos por el camino elegido. La cosecha es plena y nos sentimos orgullosos por el logro de nuestra hija.

P.D. Cuando empecé a escribir, recordé tantas anécdotas que no me alcanzarían las página para escribirlas. Hace un rato le di una copia a Delfina para que la leyera, y ¿saben qué me dijo?: “Todo lo que decís es verdad”. Y cuando finalizó me miró con lágrimas en los ojos y dijo: “¡¡está buenísimo!!”. Esta chica no deja de sorprenderme.